

XXVI CURSOS INTERNACIONALES DE VERANO 2017.
“LA RELACIÓN LABORAL DE LA PERSONA LIBRE Y PRIVADA DE LIBERTAD.
PROBLEMÁTICA ACTUAL” .
UNIVERSIDAD DE GRANADA.
CONSEJERÍA DE CULTURA-CIUDAD AUTONOMA DE MELILLA.

MELCHOR RODRIGUEZ, EL “ANGEL ROJO”

Jorge Perez Rubiato.

Funcionario del Cuerpo Especial de Prisiones.

Coordinador de Producción en el C.P. Madrid VII-Estremera (Madrid).

2017

El presente trabajo es, en realidad, un resumen de una publicación impresa, en el año 2009, en el taller de Artes Gráficas del Centro Penitenciario Madrid-III (Valdemoro), cuyos autores son D. Alfonso Domingo (escritor y director de documentales) y D. Jose Luis Gutiérrez Molina (historiador), **si bien introduzco (en cursiva) ampliaciones al texto.**

.....



Mateo Rodriguez.

Nuestro protagonista es un obrero que ha visitado la cárcel en numerosas ocasiones con dos regímenes distintos y que acabó siendo Delegado de Prisiones de la Segunda República.

El día 6 de Diciembre de 1.936 una turba de civiles (compuesta por milicianos y multitud de mujeres) exigen venganza por un bombardeo de la aviación rebelde en Alcalá de Henares. En ese momento se yergue la talla humana de este exnovillero, oficial chapista, afiliado a la CNT y a la FAI: durante horas y armado únicamente con la palabra, pelea con la muchedumbre, ávida de sangre, hasta lograr que ésta desista de su propósito. *Gracias a su heroica actuación* consigue salvar la vida de 1.532 personas allí presas entre las que se encuentran personalidades del futuro régimen franquista como Muñoz Grandes, Raimundo Fernández Cuesta, Martín Artajo o Peña Boeuf.

Hoy día, existe un Centro de Inserción Social, en la localidad madrileña de Alcalá de Henares, que lleva su nombre...

Aquella gesta, que ha sido reflejada sólo parcialmente en algunos libros de Historia sobre nuestra Guerra Civil, contiene un alto valor simbólico y representa una confirmación de lo que ocurrió en el bando republicano, que tras los excesos de los primeros meses, controló los fusilamientos y las “sacas” de presos en la retaguardia, cosa que no ocurrió nunca en el bando franquista (*a modo de ejemplo, basta recordar las soflamas del General Queipo de Llano, en Andalucía, instando, por radio, a sus tropas, a causar el mayor número de muertos posible en el bando enemigo*).

Toda la trayectoria vital de este personaje parece sacada de una novela de ficción, siendo su momento de mayor gloria el

desempeño del cargo de Delegado Especial de Prisiones, nombrado por el Ministro de Justicia y también anarquista, Juan García Oliver (*“el anarquista que se opuso al independentismo catalán”*), cuyo Gobierno presidía el socialista Largo Caballero.

Resulta, cuando menos, curioso el desconocimiento que tiene el pueblo español de esta importante figura de la Guerra Civil (sobre todo en Madrid). Melchor Rodríguez pertenecía a la corriente del **anarquismo humanitario y democrático** (*cuyos máximos exponentes eran Kropotkin y Bakunin y enfrentada a la corriente **individualista radical***) y tuvo en la Guerra Civil la prueba más dura a la que puede enfrentarse un libertario: **defender la vida de sus enemigos acérrimos** (aquellos que seguramente no dudarían, y, de hecho, no dudaron en liquidar sin remordimientos a sus oponentes). La faceta humanista es consustancial al anarquismo pero varios grupos ácratas de Madrid, entre ellos “Los Libertos” (al que pertenecía Melchor) ponían especial énfasis en ello.

Es cierto que no sólo fue Melchor Rodríguez el que salvó la vida a miles de personas en el Madrid asediado por las tropas franquistas. Y que su labor de responsabilidad de las prisiones republicanas madrileñas entre noviembre de 1936 y marzo de 1937 fue propiciada por muchos dentro del anarquismo y fuera de él (Tribunal Supremo, Colegio de Abogados, Cuerpo Diplomático, funcionarios de prisiones...) pero sin su decidido carácter, sin su voluntad, su desprecio del peligro y sin unas firmes ideas en las que asentarse, Melchor no hubiera podido salvar a **más de 11.200 personas** (número de presos en Madrid), además de haber refugiado en su casa a casi medio centenar y pasar a otras a Francia.

Para hacer muchas de estas cosas, y sobre todo para parar las sacas y los fusilamientos de Paracuellos, Melchor se apoyó en el grupo “Los Libertos” de la FAI. Uno de sus miembros, su gran amigo Celedonio Pérez fue Director de la prisión de San Antón. Otros colaboraron con él en la incautación del palacio Marqués de Viana, en la calle Duque de Rivas, donde buscaron refugio gente de lo más variopinta de Madrid (curas, oficiales del ejército, falangistas, propietarios de almonedas y pequeños industriales, dueños de los talleres y garajes donde había trabajado Melchor, funcionarios de prisiones, sus familias e incluso la amante de un exministro radical con su familia).

Para comprender, en toda su dimensión, la actuación del Delegado Melchor Rodríguez, hay que repasar cuál era su biografía hasta ese momento. Nació en el barrio de Triana (Sevilla), en 1893, de familia humilde; el padre trabajaba de maquinista en el puerto y su madre en la fábrica de tabacos. Con dos hermanos más pequeños, a los diez años, desde que murió su padre en un accidente laboral en el puerto de Sevilla, tuvo que emplearse en talleres de calderería y ebanistería y olvidarse de sus pretensiones de estudiar. De aprendiz pasó a chapista, ocupación que simultaneó con su deseo de triunfar en el mundo de los toros.

Siendo novillero toreó en varias plazas con algún éxito, como Sanlúcar de Barrameda en 1913. Dejó la profesión tras una cogida en la plaza de Tetuán, Madrid, en agosto de 1918 y después de otros intentos en Salamanca, El Viso y Sevilla en 1920. Su retirada coincidió con su ingreso en la CNT, donde recibió lecciones sindicales de hombres tan carismáticos como Paulino Díez y Manuel Pérez, dos puntales libertarios siempre perseguidos. En 1920, a raíz de una huelga del sindicato de

madera y carroceros fue detenido varios días. Al salir se trasladó a Madrid huyendo de la policía sevillana, que le tenía fichado. En la capital, y durante la dictadura de Primo de Rivera, militó en la CNT coincidiendo con algunos de los libertarios más activos de la regional del centro.

En Madrid, donde se había casado con Francisca Muñoz (antigua bailaora amiga de Pastora Imperio), Melchor trabajaba en los mejores garajes y era cotizado por su buen hacer profesional como oficial chapista.

Durante la dictadura de primo de Rivera, mientras sus organizaciones estaban clausuradas, los libertarios se afiliaron a las Casas del Pueblo de la permitida UGT para poder seguir la lucha. Luego lo hicieron en el Ateneo de Divulgación Social (que llegó a presidir Melchor). Son años de militancia difícil, a menudo clandestina, donde esos hombre entraban y salían a menudo de prisión (nuestro personaje lo hace unas treinta veces).

Desde que había empezado a visitar con asiduidad la cárcel Modelo de Madrid Melchor se dio cuenta del desamparo de los presos y de sus familias, conoce sus problemas y soledades, sus desesperos, sin trabajo y obligando a los familiares a buscar recursos para los penados. En el sindicato, habla, recolecta, dirige campañas...jamás los luchadores deben dudar del apoyo de los demás, más afortunados con la libertad. La **redención** es la palabra clave. Los presos políticos y sociales son su misión y ella se dedica, siendo nombrado por la CNT como responsable nacional del comité pro-presos. Melchor se alinea con los que creen fundamentalmente en la bondad del ser humano, las personas podrán elegir lo correcto una vez que tengan la

educación adecuada. La cultura es necesaria para darse cuenta de los problemas del mundo y cómo solucionarlos.

Si su fama de preso decano se conoce en todo el sindicalismo, comienza también a conocerse su faceta de articulista polémico. Fama acrecentada por los poemas, los discursos y los mítines. Articulista incansable, publica con frecuencia en “La Tierra”, “Solidaridad Obrera”, “Campo Libre”, “Castilla Libre”, “Frente Libertario”...teniendo como resultado hasta 1930, casi siempre, la cárcel.

Con la República la CNT resurge con brío. Sin embargo, muy pronto ésta enseñará a los anarquistas sus aristas más ásperas y sangrientas, dejando ver el enfrentamiento entre republicanos y anarquistas. Son los momentos más radicales y combativos de Melchor, escribiendo contra Maura (“el de los 108 muertos”), presentando en Madrid a “La libertaria”, superviviente de la tragedia de Casas Viejas, atacando a Niceto Alcalá-Zamora o Casares Quiroga... *(recomiendo aquí, encarecidamente, la lectura de un libro, editado en 2012 titulado “El caso Casas Viejas: crónica de una insidia”, de Tano Ramos).*

Partidario de la alianza con la UGT, polemiza con sus compañeros anarquistas y tiene fama de hombre radical que admite muy mal las críticas, lo cual le provoca multitud de roces. A su favor, su tremenda honradez y consecuencia.

En estas broncas internas y en plena huelga de la construcción sostenida por la CNT en Madrid, llega el 18 de Julio de 1936. Como muchos en aquella hora, Melchor, vestido con mono de miliciano, se deja seducir por aquella sensación heroica de quien va a cambiar el mundo, toma la palabra en asambleas, se moviliza en labores de propaganda y organización. Va de un lado

a otro incapaz de sustraerse a aquel frenesí. Lleva la pistola al cinto (pistola que le han dado en el sindicato y que lleva siempre descargada).

Sin embargo, Melchor no odia...Es quizá de los pocos que, tras haber sufrido cárcel y sinsabores, no odia. Pertenece a un mundo de hombres y mujeres que durante décadas han estado creando el germen de aquella sociedad que hace precipitar el fracaso del golpe de julio del 36. Muchos libertarios creen que van construir un mundo nuevo que llevan en sus corazones y del que se desterrará el odio y la venganza.

Los Libertos, siempre dedicados a las ideas, recelan de la afiliación masiva de los últimos años, efecto de la radicalización de los conflictos sociales. De hecho, muchos delincuentes comunes se integran en la revolución para poder realizar impunemente sus crímenes.

Poco después del inicio de la guerra, el 23 de julio, Melchor y otros miembros de Los Libertos, se incautan del palacio del marqués de Viana, en la céntrica calle de Duque de Rivas. El marqués, Teobaldo Saavedra, se encuentra con el Rey Alfonso XIII en Roma y su mujer, la Duquesa de Peñaranda, se halla refugiada en la embajada de Rumanía. El propio marqués, después de la contienda, certificaría que tanto el personal de palacio como los bienes y obras de arte fueron respetados. Dicho edificio fue usado para proteger a muchísimas personas: curas, militares, falangistas, funcionarios de prisiones, patronos, industriales...Desde allí Melchor extiende avales, salvoconductos y documentos que sirven a muchos golpistas para salvar la vida y sus bienes. En aquellos primeros meses salva multitud de vidas y conforme pasa el tiempo la voz se corre: en el palacio de Viana

un responsable antifascista, con sentimientos humanitarios, se dedica a amparar a personas perseguidas que recurren a él en demanda de protección y a liberar a detenidos en las checas.

En noviembre de 1936 es nombrado Inspector Especial de prisiones por el Ministro anarquista García Oliver. Éste había nombrado ya a un delegado de prisiones pero, como el propio Ministro, marcha a Valencia con la evacuación del Gobierno republicano. Desde este puesto detuvo sacas y fusilamientos en la retaguardia madrileña. Diferencias de opinión con el Ministro le llevaron a dimitir durante quince días. Repuesto en su cargo, se mantuvo en él hasta marzo de 1937, echando un pulso a los responsables del orden público de la Junta de Defensa de Madrid, donde Santiago Carrillo, José Cazorla y Serrano Poncela obedecían órdenes de los asesores soviéticos de limpieza de la retaguardia. Desde las oficinas de la Dirección General de Prisiones y desde el primer día de su nombramiento Melchor prohíbe que salga ningún preso desde las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana (son las horas más peligrosas), aunque reciban orden de libertad. Esta actuación le valió a nuestro personaje muchas críticas y acusaciones de apoyar la “quinta columna” por parte de los comunistas.

Después de la guerra, Melchor se percataría de que su secretario, Juan Batista, y algunos otros de sus subordinados, habían pertenecido a esa “quinta columna” y se habían aprovechado de toda su labor.

Melchor dispone inmediatamente que los milicianos salgan del interior de las prisiones para desempeñar funciones de vigilancia en el exterior y que sean los funcionarios de prisiones los que se encarguen de la vigilancia en el interior. Es algo que

hace sin titubear, a pesar de que odie la política represiva...siempre ha estado en el otro lado, en el de los reclusos. Ha formado parte de los comités pro-presos de la CNT y conoce a los funcionarios de prisiones, sabe cuáles son las claves del cuerpo, ahora acomplejado, a la defensiva, mal mirado por los actuales responsables, muchos de sus miembros se ven en el punto de mira por gente que ha sufrido sus rigores. Sabe, por el contrario, lo difícil que puede resultar su labor sin la colaboración de los funcionarios, muchos de ellos en peligro, perseguidos o incluso escondidos. Paradojas de la vida, lo primero que tiene que hacer este anarquista, que no cree en las cárceles, es potenciar el papel de los guardianes, hacer que recobren la confianza, que crean en la justicia republicana, ponerlos de su lado en definitiva. Sabe que su tarea va a ser ingrata y que en el camino va a perder la estimación de muchos de los suyos, que no pueden comprender cómo ahora defiende a sus enemigos.

Melchor Rodríguez fue una figura clave para devolver a la República el control del orden público y las prisiones. Bajo su mandato mejoraron las condiciones de los 11.200 reclusos de Madrid y su provincia, hasta el punto que los presos empezaron a llamarle **“El Ángel Rojo”**, calificativo que rechazaba. Creó una oficina de información, el hospital penitenciario y mejoró la comida de los detenidos. Asimismo, acompañó a cientos de presos en los traslados a cárceles de Valencia y Alicante.

Muy pronto tuvo que sortear un sinfín de peligros y penalidades y arriesgar su propia vida. Hasta doce veces estuvo a punto de morir, como él mismo reconoce de su puño y letra en alguno de los documentos que se conservan en el archivo del Instituto Social de Ámsterdam. Siempre calló los nombres de los

responsables de los intentos de asesinato o eliminación, aunque no es difícil imaginar que provenían de las filas comunistas.

La labor de protección a los amenazados y perseguidos, prosiguió tras su cese de Delegado de Prisiones y su nombramiento como concejal de cementerios del ayuntamiento madrileño en representación de la FAI. Desde ese puesto auxilió a familias de fallecidos para que pudieran enterrar a los muertos y poder visitar sus tumbas, amplió las zonas de sepulturas y resolvió el problema de los enterramientos de los refugiados muertos en embajadas. Ayudó en lo que pudo a escritores y artistas y autorizó que su amigo Serafín Álvarez Quintero pudiera ser enterrado con una cruz en la primavera de 1938. Aunque supo de las intenciones del coronel Segismundo Casado (al que unía una buena amistad) de dar un golpe de Estado y crear el Consejo Nacional de Defensa al que fue invitado, Melchor no jugó un papel activo en él y aunque cayó en manos de los comunistas, se salvó “in extremis” de ser fusilado.

Cuando llegó el último acto de la guerra civil, en marzo de 1939, Melchor fue encargado de coordinar la ayuda a los refugiados libertarios en Francia por el Comité Nacional de Movimiento Libertario. A su disposición estaba una suma de dinero y un pasaje en avión que le hubieran evitado muchos sinsabores. Sin embargo, decidió no salir de España y que, en su lugar, lo hicieran Celedonio Pérez y su mujer.

Melchor fue, de facto, el último alcalde de Madrid durante la República y recibió el encargo, el 28 de febrero de 1939 por el coronel Casado y Julián Besteiro del Consejo Nacional de Defensa, de la entrega del consistorio a las tropas vencedoras. Presidió el traspaso de poderes durante dos días (aunque su

nombre no quedara reflejado en ningún acta o documento), haciendo alocuciones por radio i intentando que en todo momento las cosas transcurrieran pacíficamente.

Finalizada la guerra, la labor de Melchor no sólo no fue reconocida, sino que se le sometió a la misma represión que cayó sobre todos los derrotados. Al poco tiempo fue detenido y juzgado en dos ocasiones en consejo de guerra. Absuelto en el primero de ellos y recurrido éste por el fiscal, fue condenado, en un juicio amañado, con testigos falsos, a veinte años y un día, de los que cumplió cinco. Cabe destacar en la celebración de este segundo consejo de guerra la gallardía del general Agustín Muñoz Grandes, al que Melchor, como otros militares presos, había salvado en la guerra. Muñoz Grandes dio la cara por él y presentó miles de firmas de personas que el anarquista había salvado. Pasó varios años de cárcel entre Porlier y Puerto de Santa María, donde cumplió la mayoría de su condena.

Cuando salió en libertad provisional, en 1944, Melchor tuvo la posibilidad de adherirse a la dictadura y ocupar un puesto en la organización sindical franquista o bien tener un trabajo cómodo ofrecido por alguna de las miles de personas a las que salvó, que siempre rechazó. Antes al contrario, siguió siendo libertario y militando en la CNT, actividad que le costó entrar en prisión varias veces. Siguió actuando a favor de los presos políticos, utilizando para ello las amistades que tenía en el régimen franquista, a pesar de las críticas recibidas por sus propios compañeros de clandestinidad.

Cuando se produjo el desencanto en el antifranquismo (años cincuenta y sesenta) mantuvo la antorcha confederal en la CN del interior y se opuso a las actividades del cincopuntismo (pacto

con los sindicatos verticales de un grupo de anarquistas) en 1965.

Su muerte, el 14 de Febrero de 1972, fue una muestra de su vida: en el cementerio, ante su féretro, se dieron cita cientos de personas entre las que se encontraban personalidades de la dictadura y compañeros anarquistas. Fue el único caso en la España franquista en que se enterró una persona con la bandera rojinegra anarquista...

Además de un manifiesto, firmado por varios centenares de personas, se han realizado actos de homenaje y conferencias en Sevilla y Madrid y se han pedido sendas calles en Madrid, Sevilla y Alcalá. De momento, sólo la ciudad de Sevilla ha rotulado una calle con su nombre. También la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias ha bautizado con el nombre de Melchor Rodríguez el Centro de Inserción Social de Alcalá de Henares. Todas estas iniciativas, junto con la próxima edición de un libro, buscan devolver a la ciudadanía a una persona cuya labor el frente de las prisiones republicanas fue ejemplo de dignidad del ser humano, un ejemplo que merece ser tenido en cuenta en estos tiempos de intolerancia y sectarismos...

Como Melchor repitió en repetidas ocasiones ***“SE PUEDE MORIR POR LAS IDEAS, NUNCA MATAR POR ELLAS”***.